

Tenientes: Guadalupe González, Florencio González, Victoria-
no Valle.

FUERTES.

General de Brigada: Domingo Gayosso.

Capitanes: Miguel Silva, Diego Ríos.

Teniente: Manuel Sosva.

Subteniente: Narciso Serralde.

Alférez: Modesto Inchaurregui.

Coronel teniente coronel: Francisco de P. Fricher.

Comandante: Benito Limón.

Tenientes: Mariano Ceballos, Fernando Tamayo.

Coroneles: Miguel María Díaz, Ignacio Reynoso, Ramón Már-
quez, Julian Islas.

Tenientes coroneles: Miguel Solano, Narciso Casasola, José Ma-
ría Saucedo, Ignacio López.

Comandantes: Manuel Reynoso, José María Insunza, José Vi-
cente Salazar, Joaquin Chávez, Tomás Valdéz, Cristóbal Cerdio,
José Olaya, Manuel Dávila Patiño, Antonio Alcocer, Luis Caamaño.

Capitanes: Eugenio Rascón, José María Ibarzábal, Antonio Mén-
dez, Jesús Ronquillo, Manuel M. Ortiz, Librado Arévalo, Mariano
Perez, Jesús Alarcón, Juan de Dios Salinas, Desiderio Milán, Fer-
min Aguilar, Andrés Rodríguez, José Escalante, Miguel Aguilar,
Diego de los Rios, Rafael Moret, Mariano López, Manuel Vera, Ni-
colás Vera, Timoteo Tirado, Amor Sapiain.

Tenientes: Juan Estrada, Antonio Serrano, Felipe Pelaez, Fran-
cisco Villatela, Patricio Orihuela.

Alférez: Eduardo Campillo.

Subtenientes: Víctor García, Sixto Gómez, Joaquin Arenas.

Teniente coronel: Cristóbal Elizalde.

Comandante: Ignacio S. Osorio.

Teniente coronel: Domingo Bernal.

Comandante: Tomás Alcérreca.

Teniente coronel: Antonio Calderón.

Comandante: Pedro Ramírez.

Capitan teniente: Victoriano Valle.

Capitanes: Francisco Martínez, Francisco Naranjo, José María
Lejarza.

Tenientes: Florentino Valencia, Jesús Garza.

Capitan: Encarnación Ojinaga.

Tenientes: Antonio Ojinaga, Feliciano Garza.

Alférez: Juan Garza.

Capitanes: Manuel Salvatierra, Santiago Martínez, Marciano
Génis.

Comandante: Miguel Muñoz.

Capitanes: Ignacio Requenes, Jesús Padilla.

Teniente: Rafael Berlín.

Alférez: Francisco Picazo.

Comandante: Tranquilino Cortés.

Teniente coronel: Trinidad Padilla.

Capitanes: José Cortés, Joaquin Arenas, Miguel Cabrera, Basi-
lio Sanchez.

Subteniente: Manuel Sigüenza.

Teniente coronel: Pomposo Campillo.

COMISARIA ORDENADORA DE VIVERES.

Coronel: Juan Robles Linares.

Tenientes coroneles: Juan G. Ibáñez, José María de la Viña.

Comandantes: Juan Galindo Silva, Francisco Estrada.

Capitanes: Tomás García, Encarnación López, Pedro Núñez,
Joaquín Martínez de Martínez, Rosendo Quijano, Julián de la
Garza.

Tenientes: Crescencio Espejo, Luis Jurado, José María Mora-
les, Miguel Madariaga, Atanasio Herrera, Felipe Vázquez, Miguel
Tello, Francisco Salazar.

Subteniente: Julio Cárdenas.

Alférez: Miguel Lagunas.

Coronel: Alejandro Espinosa.

EMPLEADOS DEL GOBIERNO Y COMANDANCIA MILITAR.

Coroneles: Fernando María Ortega, Francisco G. Maldonado,
J. Ricardo de los Monteros, Manuel Flores de Ramírez.

Comandantes: José María Cantú, Adolfo Carce, Domingo G.
Maldonado, José María Guerrero, José María Berruecos, José Ma-
ría Doria, Manuel Ramírez, Manuel Necochea.

CIVILES.

Ciudadanos Ignacio Rodríguez, Vicente Bandino, José María
Bandino.

MAYORIA DE PLAZA.

Coronel: Nicolás Prieto.

Capitán: Guadalupe A. Gallardo.

Comandante: Marcelino Cabrera.

COMISARIA GENERAL DEL EJERCITO.

Comisario: Marcos Villegas.

Segundo jefe: Pedro Echeverría.

Oficiales: Juan M. Durán, Manuel Travesí.

Escribiente: Luis Nevraumont.

SECCION DE CORREOS.

C. Manuel Aburto.

OFICIALES PRESENTADOS POSTERIORMENTE.

Subayudante: Francisco Capelo.

Tenientes: Pedro Avila, Anastasio Macías, Luciano Avella.

Subtenientes: Jesús Alvarado, Alejandro Isasaga, Eutimio Huerta, Ildefonso Cruz Ahedo.

NOTA.—Este Cuerpo de Ejército lo mandaba el C. General Jesús González Ortega.

Puebla de Zaragoza, Mayo 17 de 1863.

Es copia simple de su original que se encuentra en el número 112, tomo de Febrero á Mayo del año de 63, del "Diario Oficial," que existe en el Archivo general y público de la Nación.

México, Abril 15 de 1882.—Cotejado.—*Justino Rubio*, oficial.—Rúbrica.

*
* *

¡Qué pudiera agregar mi pobre pluma que fuera ofrenda digna de los heroicos defensores de la ciudad rendida pero no humillada!

En cuanto á aquellos héroes, nada habrá más grato que la satisfacción de su conciencia y en cuanto á sus hijos, nada habrá tampoco más lisonjero, que encontrar en este libro un nombre que se graba con religioso respeto en el índice de los deberes filiales.

El indiferente y el egoísta, el perjuro y el infame, no tendrán valor para leer las relaciones nominales insertas en este primer tomo, temerosos unos, de que la voz del deber levante un eco en conciencias poco limpias, y, acobardados otros, con la idea de que el recuerdo de su atroz delito les produzca el vértigo del remordimiento; pero los héroes supervivientes ó los herederos de nombres sin mancha, tendrán especial complacencia en recordar ó conocer respectivamente, á los que juntos recorrieron el calvario del patriotismo y juntos recogieron los laureles que les prodigó la gloria.

México pudo en aquella época de amargos sufrimientos aprender en el libro de la experiencia provechosas lecciones y convencida de que las modernas ideas han echado profundas raíces en nuestro modo de sér social, ha logrado, no sin grandes complacencias y no sin pro-

digar la generosidad, formar el partido nacional con los elementos de todos los hombres sobre cuyo pasado se arrojó el velo del olvido, admitiéndolos nuevamente en el bautisterio republicano.

La generación que nos sucede y que tal parece nos empuja á la tumba para poder ocupar nuestros asientos en el templo del progreso, no ha podido atestiguar nuestras antiguas discordias, ni el horroroso espectáculo dado por hijos de una misma madre, que más parecieron hienas y panteras que hermanos cariñosos. Esa generación encontró ya clausurada la escuela de la discordia y en todo su apogeo al edificio universitario de la fraternidad republicana.

Si es una verdad que el mal ejemplo contamina á los pueblos en virtud de esa especie de enseñanza objetiva de la perversidad humana, razón hay entonces para esperar que esa misma enseñanza produzca ópimos frutos, cuando al objetivo lo distinguen el patriotismo, la honradez, la abnegación y la moralidad.

Estaba reservado á hombre de superiores dotes, hacer de ideas eterogéneas y de elementos disímbolos, la firme base, el cimiento poderoso de un nuevo edificio que resistiera todos los vaivenes sin conmovirse y sin resentirse.

Sobre las ruinas producidas por cincuenta y siete años de terremotos políticos que tan pronto derribaban al trono de Iturbide como al sillón dictatorial de Santa-Anna; que no respetaron edificios tan sólidos como el del honrado Arista ni castillos tan débiles como el del soñador Miramón, la moderna República ha logrado levantarse imponente y majestuosa, respetada por todos los extraños, reconocida por todos los perjuros, bendecida y adorada por todos los leales.

La Virgen Americana ha podido reponer en diez y

seis años de perpétua paz su túnica purpúrea y reclinar-se sobre el florido lecho que sus hijos la ofrecieron para descansar de sus históricas fatigas, como la hermosa circasiana se reclina indolente sobre el diván perfumado, sabiendo que el esclavo vela el sueño de la gentil sultana.

La Virgen predilecta, la perla americana, sabe que nadie se atrevería á perturbar su reposo mientras en el palacio de los Moctezumas ocupe el sitio de honor el Jefe del gran partido liberal; sabe que su sueño está velado por una espada invencible y se entrega tranquila y satisfecha á reparar por completo en el descanso, la fuerza que se había perdido y la entereza que se había enervado.

Pasaron ya las turbulentas olas que todo arrebatában, y hoy el mar de la política presenta una superficie tranquila y transparente.

El cielo del porvenir no tiene nubarrones ni hay amenazas de futuras tormentas. La transformación ha sido completa. La calma es absoluta.

A elevadísimo precio compramos la experiencia y hemos tenido el buen sentido de aprovechar sus lecciones.

Sólo nos resta seguir depositando ciega y absoluta confianza en el escogido del pueblo, para ver, en no lejano día, realizadas todas nuestras esperanzas y satisfechos todos nuestros patrióticos deseos.

Al Siglo XX le legaremos una República modelo.

El inventario de nuestras grandezas y el catálogo de nuestras gloriosas conquistas irán suscritos por un hombre reconocido por el pueblo mexicano como el más digno para hacer entrega de tan preciosos tesoros: Su nombre se pronunciará con respeto; se venerará su memoria: Para la posteridad no se llamará Porfirio Díaz..... La Historia le reserva un título digno de su fama.....

.....**EL PACIFICADOR DE ANAHUAC.**

VI.

LA INTERVENCIÓN.



A rendición de la plaza de Puebla fué un golpe mortal dado á la República por la mano del destino, tanto más sensible cuanto que todos los elementos de defensa habían sucumbido gloriosamente frente al enemigo extranjero.

Lo más importante de la línea de Oriente estaba en poder de los invasores, y el Gobierno general privado de los recursos de la Aduana de Veracruz, puerto por donde antes se hacían casi todas las internaciones, carecía del elemento principal para sostener la guerra.

Aun quedaba mucho territorio libre y aun quedaba mucha sangre que derramar; pero el golpe sufrido era uno de aquellos que en la vida de las naciones enervan la fuerza y debilitan la acción. Además, reconcentrado en Puebla lo mejor de nuestro Ejército, roto nuestro armamento é inutilizada nuestra artillería, la defensa de la capital de la República hubiera sido una temeridad, con fuerzas levantadas en medio del desorden y desaliento producidos por la funesta noticia.

El patriotismo era ardiente y la voluntad sincera; pero la adversidad, con la lógica fría y despiadada de los hechos, demostraba lo inconveniente de cualquier sacrificio, tanto más inútil, cuanto que la República tenía en la línea del Interior extenso territorio que la reconocía.

El Gobierno, por lo mismo, decidió abandonar la Capital y trasladar los poderes federales á San Luis Potosí.

En nuestras conmociones políticas habíamos visto á los poderes legítimos de algunos Estados abrazar indistintamente la bandera reaccionaria ó la enseña liberal, y quizá por ello el conde Kératry, en su obra sobre la elevación y caída del llamado Emperador Maximiliano, dice que: "México es un país maldito donde la palabra patria no levanta un eco en nuestros corazones."

Pero los hechos han demostrado al Conde Bretón lo erróneo de su juicio y lo infundado de su opinión.

Cuando entre mexicanos y como miembros de una misma familia luchábamos por llevar al poder público el valioso contingente de nuestras propias ideas, natural era que diéramos al mundo el espectáculo de un cambio casi continuo en nuestra forma de Gobierno.

El partido más afortunado ó el más audaz triunfaba y entonces el cambio en la marcha administrativa era una consecuencia forzosa y natural.

Cuando la guerra tomó otro aspecto y el enemigo extranjero venía en apoyo del partido vencido, entonces dimos al mundo el grandioso espectáculo de nuestra unión como mexicanos.

La intervención tuvo que conquistar palmo á palmo el territorio invadido, y no se dió el horrendo caso de que un Estado, un Distrito, ni siquiera una villa, abrieran las puertas al invasor sin disparar un solo tiro.

La defección oficial fué una esperanza loca que jamás vió realizada el usurpador.

La plaza que no podía defenderse, se dejaba abandonada; pero no se entregaba con todo y autoridades al enemigo extranjero. Aquello era un sacrificio, no era una defección.

Nuestra inexperiencia en asuntos tan arduos, no nos permitió unificar nuestra acción, y por eso vimos tantas guerrillas esparcidas en todo el territorio patrio, como chispas de fuego inextinguible, que al juntarse habían de formar la gran hoguera donde se fundirían la cadena de la esclavitud y la imperial corona.

El Imperio no contó en su corta historia un sólo día en que las balas de la República no tocaran á sus puertas, como recordándole que el peligro se cernía á corta distancia de su cabeza, sobre la cual caería tarde ó temprano el rayo desprendido del cielo de la libertad.

En los países malditos no germinan los patriotas, y en el nuestro había un enjambre de héroes dispuesto á caer en no lejano día sobre los que se habían adueñado del colmenar republicano.

No habían perecido; estaban dispersos.

En los países malditos, realmente la palabra Patria no levanta un eco en los corazones; pero por fortuna en México esa palabra es santa y forma parte de los sentimientos humanos.

El Conde Bretón no sólo fué injusto en su juicio; fué excesivamente cruel.

Dicho Conde estuvo en México mucho tiempo y pudo conocer la verdadera situación del país. Su juicio, más que juicio, parece una venganza sangrienta de los descalabros del Ejército francés á que aquel pertenecía.

México no dejó de luchar ni un solo momento por su libertad y por su independencia, y mientras se forma-